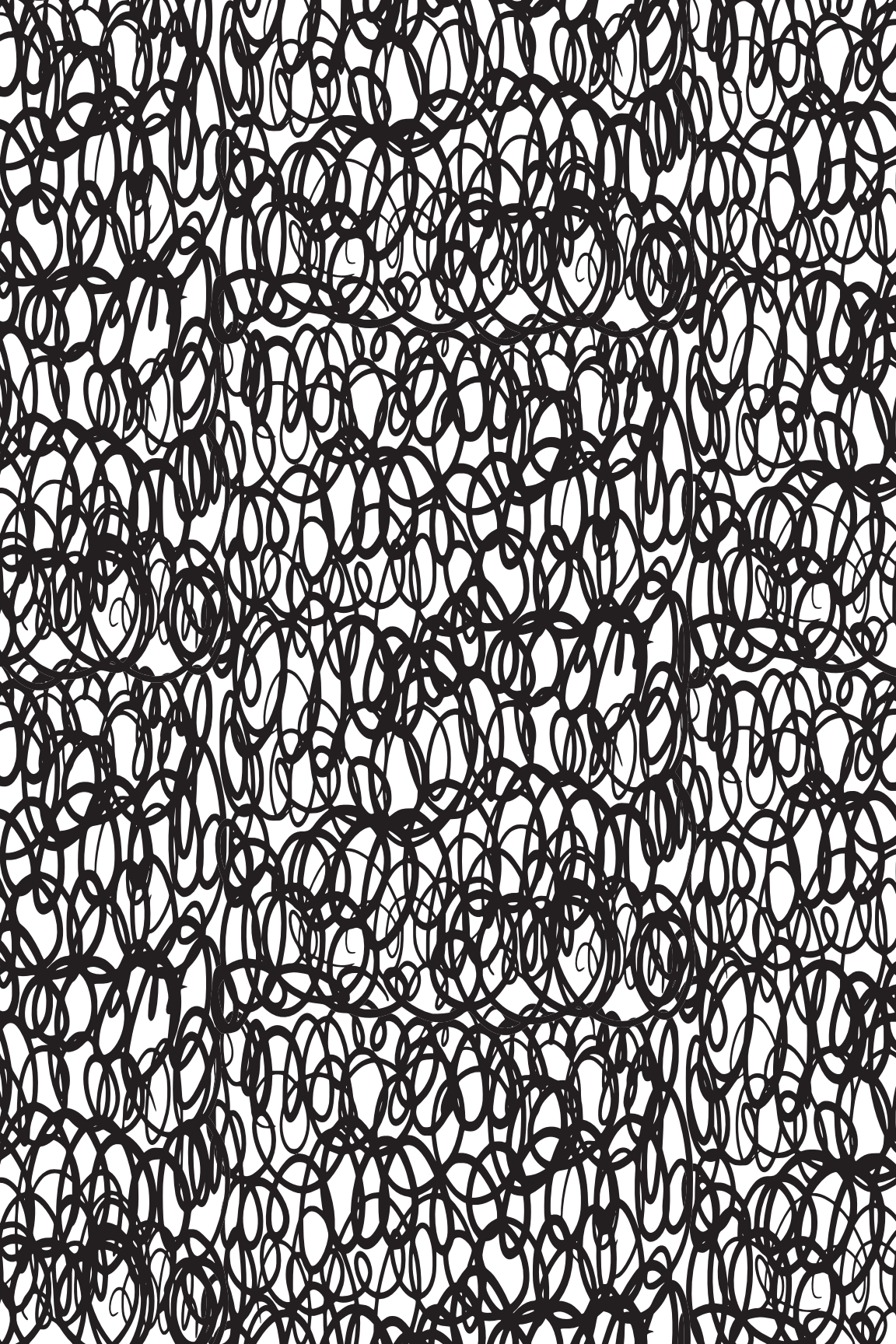


NUESTRA PLUMA

NUESTRA PLUMA

NÉSTOR BARBOSA

Durii

A Curro

«No hemos olvidado aquellos despertares en
los que corríamos en zigzag con nuestra pluma,
esquivando las cerbatanas de los abusos que nunca
nos permitieron andar en línea recta, libres para poder
curar a tiempo las heridas de nuestras espaldas».

Primero

Matías no quiso entrar en el apartamento. Cargaba con su mochila de viaje y varios pensamientos ambiguos, se quedó impávido bajo la tenue luz de una farola. Hacía casi veinte años que no pisaba su tierra natal y, a pocas horas de la llegada, comprendió que su mirada ya no era la misma. El relente se impregnaba en la piel, pero no lograba refrescar el calor húmedo de las noches de septiembre. Tras un impulso, se entregó a la ferocidad de la vida nocturna antes de introducir la llave en lo que iba a ser un nuevo hogar. Estaba claro, necesitaba unas copas.

Portaba el peso de sus enseres personales, entró en un *pub* cercano llamado Veado, un nombre que le resultaba familiar. Matías se sentó en la barra y pidió un *vodka* con limón. Observó de reojo tímidamente, supo que el lugar era de ambiente. Le gustaba refugiarse en la fugacidad de la noche y en la desinhibición provocada por el alcohol. Los primeros tragos los bebió compulsivamente, sintió un alivio inmediato. En la pista, los chicos bailaban en sintonía canciones de los años noventa. La tercera copa estuvo marcada por *Together again*, de Janet Jackson. No era 1997, pero aquella noche de 2025 seguía siendo joven.

Matías no se comunicó con nadie, el teléfono seguía guardado, y lo único que deseaba era encontrar un sedante rápido, de esos que hacen que uno tome decisiones incorrectas. La vista se le iba nublando, y al pedir otra copa,

arrastró las palabras a una torpe cadencia. Nunca dejó de vigilar la mochila, en ella había dos objetos especialmente importantes para él. Podría perderse en su interior, pero jamás perderlos a ellos. Dejó las divagaciones en el poso de la copa, cargó con ella y se alejó de la algarabía de los jóvenes *veados*, que habían logrado reapropiarse del significado despectivo de la palabra. Al darle la última calada al cigarro, el alcohol decidió por él y tomó el primer taxi directo a la sauna Latido. Se sorprendió al descubrir que la dirección seguía imborrable, grabada en su mente cuando llegó a la puerta del local.

Dubitativo, esquivando las inseguridades, logró pasar. Pese a ser sábado, no había cola en la máquina de autopago. La tarjeta se resistió debido a los movimientos erráticos, pero al darle el *ticket* al encargado, los cinco sentidos se activaron en el acto. El hombre, cuyo nombre era desconocido para Matías, no ocultaba el paso del tiempo en su rostro. Sin embargo, al reconocerlo, intuyó que debía decirle algo, aunque el silencio fue más rápido que las palabras.

—¿Cuál es tu número de pie?

Matías continuó en silencio, con la vida anclada en el pasado. El encargado repitió la pregunta. El segundo de espera se dilató hasta convertirse en una hora. El reloj parecía jugar a su antojo.

—Cuarenta y tres.

Nada más contestar, le proporcionó un par de chanclas, una pulsera con una llave y una placa de acero donde el número veintiuno estaba inscrito, una toalla impregnada de olor a lejía y dos preservativos de tamaño mediano. Al percatarse del estado de Matías, el hombre le explicó el procedimiento.

—La llave es para la taquilla, no tiene pérdida. Ahí podrás cambiarte y guardar tus cosas.

—Gracias —balbuceó.

Tenía mucho que decirle a aquel hombre, pero todo se redujo en aceptar sus indicaciones. Incluso en alguna ocasión había pensado en escribir una historia sobre él, no porque lo conociera, sino precisamente para imaginar por dónde podría haber ido su vida.

El vestuario estaba más lleno que la recepción. Hombres se desnudaban o se vestían de pie, haciendo equilibrio con una sola pierna, como flamencos despistados en una laguna. Algunos se iban, otros se colocaban la toalla y pasaban directos a la siguiente zona. En el ambiente se respiraba deseo, sudor y cloro.

El primer problema fue la inseguridad, el segundo, que la mochila no cabía en la taquilla. Y si algo tenía claro, era que prefería dejar todo fuera, salvo los dos objetos que daban sentido a su regreso a la ciudad natal: las cenizas de su madre y una pluma estilográfica.

Así que volvió hacia el encargado para comunicarle su problema.

—Puedes dejármela aquí. Yo te la vigilo —dijo el hombre, mientras alzaba la vista hacia Matías, que sostenía la urna y la pluma en las manos—. ¿Qué llevas ahí?

—Un bote de Nocilla.

—¿Tan grande? —preguntó mostrando sus inolvidables colmillos de oro.

—Sí, lo compré en Costco.

—Mira, chico, haz lo que te dé la gana. Puedo guardar aquí lo que quieras, que no va a pasar nada.

—Prefiero que estén bajo llave —manifestó sin disimular su pésima dicción.

—Lo que quieras, pero que sepas que es un pelín absurdo.

Matías habló más de la cuenta. Lo que al principio no se atrevió a decir lo condujo de lleno en la comedia surrealista. Ambos se examinaban de arriba abajo. Nunca llegó a saber que, al profundizar en su mirada, el encargado pensó que era la más triste que había visto en su vida. Y no había visto pocas. Dejando atrás la situación, depositó la urna, la pluma y los preservativos en la taquilla junto a su ropa. Con la toalla enrollada de la cintura a las rodillas y grácil destreza, se quitó los calzoncillos. Finalmente, respiró e inspiró, se calzó las chanclas y se colocó la pulsera sobre la muñeca izquierda. En el interior de la sauna Latido sonaba *Overload*, de Sugababes.

Caminaba como un zombi, atravesó un pasillo donde se proyectaban escenas de porno gay en varias pantallas. A lo largo del recorrido, hombres se acomodaban en sofás de polipiel colocados junto a las paredes, en dirección a la piscina. Cuerpos esculturales, cuerpos trabajados, cuerpos olvidados. Reales, endurecidos, esculpidos, velludos, depilados. Barrigas sin prejuicios, algún que otro abdomen extremadamente marcado. Brazos de los que colgarse, brazos delicados. Manos y labios que tanteaban en las sombras, que buscaban validez interna y externa, belleza para algunos, complejos para otros. Sexo sin sentimiento, con pasión carnal: sexo válido.

Nadie era menos, nadie era más en aquel abismo de aguas y vapores ardientes. Podía encontrarse sensualidad, pero el camino más rápido, estaba claro, era la sexualidad. Eso sí, la comunicación no verbal era el ardid perfecto para el cortejo. En tal escenario, a oídos de Matías, *Overload* volvió a sonar.

Deseaba estar allí por curiosidad, aunque su complejo ensombreciera la experiencia. Llegó a una de las dos piscinas, donde las figuras descansaban apoyadas contra los azulejos. El cuerpo de Matías era atlético y conservaba la firmeza de una buena genética. Sin duda, era un joven treintañero de aspecto atractivo, pero ningún espejo le regalaba la confianza merecida.

Se agarró a la barandilla, dejó las chanclas y la toalla en un banco, y se introdujo en el agua caliente, cubriéndose con la mano sus partes íntimas. El vaho desdibujaba su cuerpo trémulo. Caminó entre las aguas y se sentó en un rincón apartado de la piscina. En el extremo opuesto, los chicos escrutaban cada vibración, cada movimiento, cada guiño que pudiera convertirse en un flechazo instantáneo.

Cuando comenzó a acostumbrarse a la bruma de la escena, reparó en que un chico le sonreía con una sugerente dulzura y ojos verde agua. Bastaron dos segundos para que el ser mitológico se acercara cautelosamente hasta él. Sus dedos rozaron el muslo de Matías, que al instante tensó los músculos. El chico se apartó pidiendo disculpas.

—No te preocupes, es que realmente no sé muy bien qué hago aquí.

—¿Es tu primera vez? —retomó la perfecta sonrisa que había decidido adoptar aquella noche.

Matías era incapaz de sentir placer, desde un primer cumplido hasta la culminación de la eyaculación final. Únicamente deseaba experimentar lo que le había sido arrebatado.

—¿Sí? ¿Tanto se nota? —murmuró inseguro.

—¡Qué va! —exclamó, fijándose en cómo contrastaba la tez pálida de Matías con los ojos negros—. Si quieres, te hago un recorrido. Por cierto, me llamo Narciso.

—Yo, Matías. —Si bien el agua minimizaba los efectos del alcohol, se sentía incómodo dentro de una comodidad sincera. Ser escueto era su mejor manera de zanjar el tema—. No hace falta, muchas gracias.

—Quiero que sepas que eres muuuy guapo, aunque no se note mucho aquí adentro, tienes unos ojos preciosos.

Asintió, enrojecido. La luz que penetraba entre los vapores ofrecía una visión precisa de Narciso. Un nombre mitológico, de piel morena y ojos claros creado para una imagen mitológica. El deslumbramiento desapareció en el fondo del agua cuando, un poco más a lo lejos, divisó a un hombre de características muy específicas. Mientras el joven hablaba, Matías observó cómo el individuo no apartaba la mirada. Era imposible que fuese él, las personas envejecen, como los recuerdos, pero su físico era exactamente igual que el de hacía veinte años. Los latidos se cronificaban hasta en los oídos, y las palabras quedaban en el olvido, como ecos de lo que nunca llegó a suceder.

—Lo siento.

Se levantó, olvidándose de su íntegra desnudez, confinó a Narciso en la mitología.

Apresurándose hacia la taquilla, dudó sobre una única existencia. Sabía que era inviable que un rostro tan nítido se encarnara en el presente. No se detuvo a analizar la perspectiva de su visión, y aun siendo irreal, la presencia lo arrastraba al abismo. Solo se calmó cuando, vacilante, logró abrir la taquilla y encontrar intactas las cenizas y la pluma. Se vistió como pudo y, con el agua aún deslizándose por el cuerpo, salió hacia la recepción. Antes de abrir la puerta, el encargado le alzó la voz de forma vehemente.

—Me tienes que devolver las cosas y recoger tu mochila, ¿a dónde crees que vas?

Con un aspecto desaliñado, que no mejoraba al cargar la urna y la pluma bajo el brazo, Matías entregó al encargado el *kit* completo de la sauna.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Ha pasado algo? —preguntó el hombre calmadamente al entregarle la mochila.

—No, no, gracias. Todo está bien.

Se dio la vuelta, pero antes de abandonar el local, regresó junto a él en un impulso inaudito.

—Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Salvador.

—Gracias, Salvador. Gracias por todo.

El hombre, que ya había dejado de ser un desconocido, se quedó perplejo. Curiosamente, Salvador ya lo había salvado una vez, sin ser consciente de ello. Porque los mejores salvadores son los que desconocen sus propios gestos de bondad.

En la calle, Matías consiguió tranquilizarse, acariciándose el cabello recién rapado al número dos. Se lo había cortado igual que veinte años atrás, como cuando tenía catorce. Los pensamientos también quedaron secos después de tanto fuego. Se sentó en la parada de autobús y esperó la línea que le llevase a su barrio de nacimiento.

La resaca empezaba a martillar, y la mente pesaba, pero aún más pesaba el alma. Nadie mejor que él podría haber comprendido semejante catarsis nocturna.

El autobús de la línea treinta y dos abrió las puertas frente a él, invitándolo a un nuevo periplo. Matías guardó la pluma estilográfica y las cenizas de su madre, mientras recordaba al hombre sin latido de la sauna, que siempre regresaba ante el mínimo indicio de placer.